

De escritores, editoriales, colegios y otras historias

por Jordi Sierra i Fabra*

El papel del escritor en el actual entramado de la literatura infantil y juvenil ha cambiado mucho, probablemente demasiado, en los últimos años. Si bien creo que es bueno, incluso necesario, que el escritor salga de su casa y se acerque al público, y que los lectores puedan ver, oír, tocar y hablar con los autores, el puente entre uno y otros se ha convertido en tierra de nadie, habitada por intermediarios necesarios, pero no siempre éticos. Frente a la honestidad de muchos, muchísimos, aparecen intereses de pocos, pero demasiado evidentes para ser ignorados.

Opuesto al escritor que se acerca al colegio por creer que es la mejor forma de comunicarse con sus lectores, de intercambiar sentimientos y vivencias, y de que el hábito lector se mantenga, aparece el escritor que ha descubierto la panacea de los foros, charlas y encuentros, y lo que no gana vendiendo libros, lo gana hablando de ellos. Opuesto a la editorial que crea el vínculo escritor-público como una parte de su divulgación cultural y de su obra (aunque tras ella exista la normal necesidad de vender libros), aparece la editorial que ejerce el negocio por encima de todo, llegando al proselitismo de ofrecer a un autor a cambio de unas ventas, o a la compensación *libro vendido-escritor traído* que le propone el propio colegio. Opuesto al colegio que sabe qué autor es el adecuado, qué libro es el oportuno y qué sistema de apoyo al lector es el

indicado, aparece el colegio que por seguir la moda pide a un autor, el que sea, o bien amenaza con no leer un libro si éste no acepta la consabida prestación *in situ*.

Lo malo, llegados a este punto, es cómo saber quién actúa bien y quién por intereses; qué autores aman y disfrutan de sus charlas, y quiénes cuentan los libros que venden y el número

de charlas que es el equivalente a su nuevo sueldo mensual; qué editoriales sirven a un fin o cuáles buscan aumentar cada año sus beneficios sin importar el medio empleado para ello; qué colegios desarrollan una labor eficaz para sus alumnos, haciendo de puente entre ellos y el mundo literario, recomendando lo que les parece mejor, y cuáles luchan por un lado





contra las editoriales, pensando que son aves de rapiña y negándose a leer lo que recomiendan con buen fin; y por otro, y es el más triste, contra sí mismos, olvidando la ética para con sus alumnos, que les obliga a tratar de dar siempre lo más adecuado por encima de otro tipo de intereses. Ni un escritor es igual a otro, ni una editorial trabaja lo mismo que otra. Lo exigible es que *todos* los colegios de España quieran lo mejor para el maleable material humano que tienen anualmente entre sus manos. Y no digo con ello que sean profesores y colegios la clave de todo lo que trato de analizar en este artículo.

Una experiencia personal

Quisiera contar una historia muy próxima y que conozco bien, como ejemplo directo de la evolución de las charlas en colegios a lo largo de estos años. Digo que la conozco bien porque es la mía, y porque tiene el valor

de mostrar un perfil de quince años, puesto que fui de los primeros no ya en aceptar dar charlas, sino en pedir las como parte vital de mi trabajo. Egoístamente, casi diría que las necesitaba para crecer como persona, como escritor, y han sido de una gran riqueza, aunque, año tras año, el nivel global ha ido descendiendo hasta el límite actual, que es el que me mueve a escribir ésta (para mí) necesaria descarga.

Hace quince años, cuando algunos de mis libros empezaron a editarse en colecciones juveniles primero e infantiles después, fui *descubierto* y etiquetado como escritor de este género. No me importó. Me han etiquetado de tantas formas a lo largo de mi vida que eso me pareció lo de menos. Lo de más fue que hallé un público increíble y extraordinario, y mucho más próximo que el adulto, porque el joven es un pozo sin fondo, ávido de emociones, sensaciones y participaciones.

Cuando era niño nadie vino a mi

colegio a hablarme, y para mí habría sido alucinante conocer a una persona que encarnase aquello que yo soñaba ser. Así que me inicié también como orador, coloquista, etc. Eran tiempos en los que esta figura no estaba contemplada *oficialmente*. Íbamos en coche de un lado a otro, el asesor pedagógico y yo, y existía una libertad mágica en esa labor de divulgación. Evidentemente, como era algo que, al menos a mí, personalmente, me gustaba hacer y podía hacer, ni se me ocurría pedir dinero a cambio. Se pagaban los gastos y eso era todo.

No duró mucho. Un día me llamaron de mi editorial y me dijeron que otros autores estaban ya haciendo lo mismo, que no todos vivían como yo de su trabajo como escritor, y que obviamente debía establecerse un rasero por el que compensar el tiempo empleado en las charlas. Teniendo en cuenta que la editorial tenía ya unos departamentos de apoyo escolar, divulgación, asesoría pedagógica, etc., de lo que se trataba era de hacer ofi-



cial, normal, un servicio importante, casi profesionalizarlo. Así fue como gané mis primeras dietas, mis primeros *sueldos* como orador, sin importar la cuantía y teniendo en cuenta que, por supuesto, un escritor en teoría gana más empleando su tiempo en escribir, que en hablar de ello.

A lo largo de varios años, la maquinaria fue haciéndose más compleja. El tiempo que uno cedía libremente para esta actividad se convirtió en un tiempo que había que sacar de donde fuera, porque la demanda empezó a ser casi exagerada. Pero claro, por el bien de la literatura, del público que (en apariencia) te reclamaba y los colegios que hacían cola para llevarte a sus aulas, ibas dando más y más. En mi caso, hace ya tiempo que, en septiembre, planifico todo el año de noviembre a mayo, escogiendo las semanas (una por mes en concreto) en las que puedo viajar por España, y los días que puedo ceder para actividades de este tipo en mi Comunidad. De no ser así, sería la locura.

Durante diez años, únicamente di charlas en colegios a través de una editorial. Poco a poco, otras en las que he editado libros se sumaron a la

primera, con alguna que otra petición. A todas les dictaba mis normas específicas y con todas el trato fue tan perfecto como con la primera, hasta que un día sucedió algo extraordinario: me telefoneó una vendedora de una de esas editoriales y me dijo que un día determinado tenía que ir a un colegio. Dada la planificación de mis charlas, no sólo no era posible, sino que ese día yo estaba a cientos de kilómetros de ese lugar. La vendedora, apurada, me insistió desesperada hasta el punto de cometer un desliz que me dejó alucinado: si no daba esa charla, ella perdía una considerable venta. Es decir, la condición para que el colegio leyera mi obra era que yo, después, fuera a dar una charla. O lo que es lo mismo: esa editorial jugaba con mi nombre como reclamo sin saberlo yo.

Será porque procedo de un mundo tan complejo como es el de la música, pero lo cierto es que para mí la honradez, la integridad, la honestidad, no son palabras gratuitas. No sólo no di esa charla, aunque la vendedora no tenía la culpa y sí quienes la obligaban a trabajar con esta presión, sino que dejé de publicar en esa editorial. ¿Un principio absurdo? Tal vez. Pero haría

lo mismo con cualquiera que hoy supiera que sigue esa práctica con mis obras, hecho que de momento no se ha producido, o yo no me he enterado, porque no siempre un autor conoce en qué condiciones se venden sus libros. No pienso dar nombres, porque esto es algo enteramente privado, pero debo mencionarlo aquí como posicionamiento ético. De todas formas, no deja de ser curioso que últimamente varios delegados y vendedores de zonas en toda España me hayan comentado que esa misma editorial está «reventando el mercado» con sus estrategias y ofertas de autores para vender libros, ya que, aprovechando este tipo de marketing, también es la que más paga a sus *conferenciantes* y se enorgullece de su abundante nómina.

El más perjudicado, el lector

Desde que se produjo este incidente en mi vida, he sido muy cauteloso con esta labor que me encanta hacer, pese a resultar agotadora. Prudente, pero no ciego ni sordo. Actualmente, incluso pienso si el descenso alarman-

te del nivel lector en España (no hablo de cantidad, sino de calidad) pueda deberse, en un determinado porcentaje, a distorsiones de la normalidad como ésta. Si los colegios piden a un escritor, y una editorial, imposibilitada de enviar a cualquiera de los considerados de *cierto nivel*, envía a cualquiera para «no perder la oportunidad», a fin de cuentas y eso es lo más triste, el perjudicado es precisamente aquello que más debería cuidarse: el lector. Y ésta es una realidad de hoy, que tiende a empeorar con el paso de los años. Frente a colegios que hacen gala de haber tenido en sus aulas a escritores de prestigio, y editoriales que únicamente ofrecen a escritores de calidad con los que hay un acuerdo previo, hay otros que compran *el libro que sea* con tal de tener *al escritor que sea*. Ya no cuentan ideologías, géneros, valores..., sólo leer con una debida compensación. Y puedo constatar algo: he ido ya a demasiados colegios en los que el paso previo de un escritor lejos de favorecer el incremento del nivel lector lo ha hecho descender. Yo mismo me he encontrado en ocasiones en un centro en el que lo desconocían todo de mí y esperaban una *lección magistral* de literatura, cuando no es precisamente mi especialidad. Es como pedirle a Bruce Springsteen que cante tangos, ignorando que es un rockero.

¿Culpables? Es difícil señalarlos. Si un escritor (todos nos creemos maravillosos) tiene la oportunidad de ganar un sueldo y lo necesita, ¿puede recriminársele? Si una editorial tiene escritores que aceptan ser mercancía de cambio y, gracias a eso, vende más libros (todas necesitan sobrevivir), ¿puede recriminársele? Si un colegio puede alardear de haber presentado una estupenda semana cultural o una actividad extra con la presencia de un escritor, pasando de si es realmente el adecuado, ¿puede recriminársele? Tal vez no, en efecto, pero existen ya demasiadas constancias de casos en los que hay autores que se niegan a hablar si no hay unas ventas, o bien cuentan los libros vendidos y el número de alumnos, con más interés por saber ese dato, que por lo que han de

decir en su charla; y tenemos, al menos según parece, una editorial que paga más por charla, en atención a un número de ventas que se lo permita; y por supuesto que existen colegios que piden a un escritor, el que sea, sin saber nada de él, ejerciendo su parte de chantaje bajo la norma de «si no me traes al escritor, no te compro los libros», o lo que es aún peor, agregando: «porque tal otra editorial sí lo hace».

Callejón sin salida

Lo malo de esta situación es que hemos llegado ya a un punto sin retorno, y no es fácil hacer tabla rasa. Por mi parte, decir que el próximo año, aunque sólo sea para mantener mi dignidad, voy a anular por completo esta actividad que tanto me gusta llevar a cabo, o dar las mínimas charlas garantizadas, puede ser mi salvaguarda personal, pero nada más, lo sé, aunque sea justamente lo que voy a hacer. Depende de cada escritor y del tono de su lucha personal y su amor por los libros que desde la base haya un lavado de conciencias. Y depende, primero, del escritor, porque si se pliega al tráfico actual, su culpa-

bilidad es tan clara como la de las editoriales que ejercen tales prácticas. Pero también depende en gran medida del punto central de todo ello: el colegio, y en él, los profesores, que con su entusiasmo y buen criterio han de proporcionar lo mejor a sus alumnos. Y lo mejor en este caso es siempre un buen libro, aunque sea sin el autor, antes que un libro malo o mediocre con un autor malo o mediocre, amplificando la mediocridad de su obra.

No es menos cierto que hay autores que defienden la licitud del entramado actual, que probablemente no entiendan mi *idealismo* ni el motivo de esta carta abierta. Desde el punto de vista desapasionado del negocio, la rutina o la necesidad de vivir de un trabajo, uno puede pensar que si le pagan por hablar en un colegio, perfecto; y si una editorial utiliza los medios pertinentes para vender y tener beneficios, perfecto; y que si un colegio que encima compra cien libros pide que a modo de compensación el autor les dige con su presencia, también es perfecto. Respeto esas posturas, aunque no las comparta, pero para la mayoría de escritores que volcamos nuestra vida en lo que amamos, los libros, y que nos apasiona lo que hacemos, el respeto por quienes reciben



nuestro trabajo es superior y por supuesto eso no nos cuadra. Todavía hay parcelas de la vida en las que los sueños, las ilusiones, los ideales, la ética, no sólo deberían ser posibles, sino que habrían de serlo. Pervertir la literatura, el libro, es pervertir uno de los últimos reductos que aún mantenemos vivos entre los restos de lo que hoy llamamos eufemísticamente *civilización*. Sin un examen de conciencia global, caminamos hacia la vulgarización y la deshumanización de ese contacto autor-público.

Las charlas en colegios se están convirtiendo en algo peligroso, y es triste. Bastante difícil es ya conseguir que los escolares lean y no vean al libro como un enemigo aburrido. Hoy van en aumento los alumnos de colegios en los que ha dejado de percibirse el tono de expectación e interés óptimos ante la visita de un autor, porque a fin de cuentas es el *responsable* del libro que les han obligado a leer. Y no todo consiste en dar una charla y adiós. La responsabilidad es otra, y es colectiva. En el otro lado del espectro no faltan colegios que no toleran esas actividades, por creer que son una injerencia de las editoriales o de los propios escritores que van a *venderse*, privando a sus alumnos de ese contacto autor-lector. Una problemática variada en todas direcciones y que tiende a empeorar, por desgracia. Los alumnos cambian de año en año, pero la caída en todos los órdenes ha sido implacable, y las diferencias se hacen cada día más acusadas.

Escritores, editores y colegios no podemos vivir al día en este campo tan concreto. No es lógico. Escritores, editores y colegios estamos trabajando para el mañana, siempre, generación a generación, lo queramos o no, y no se trata de ponernos una carga sobre los hombros. Individualmente nadie es en apariencia responsable de nada, bueno o malo, pero colectivamente sí. El nuestro no es un *oficio* normal, aunque todos queramos vivir de él. Claro que esto, como todo este artículo, puede que no sea más que una opinión. ■

* **Jordi Sierra i Fabra** es escritor.
Fotos cedidas por el autor.

Literatura y escuela

por **Jaume Cela***

Últimamente han aparecido en esta revista algunos artículos —incluso un editorial— comentando las visitas de escritores y escritoras a las escuelas con el fin de motivar la lectura.

Esta actividad empezó a generalizarse hace ya bastantes años y tal vez sea hora de hacer un balance de los resultados. Mi doble condición de maestro y escritor me permite aproximarme a esta cuestión desde las dos perspectivas, y este artículo es fruto de la confluencia de estas dos realidades.

Estoy convencido de que este tipo de actividades siempre resultan estimulantes y positivas, tanto si las analizamos desde el ángulo de los alumnos y alumnas que reciben la visita de un escritor o una escritora, como desde la visión de los visitantes.

Conectar con el público lector

Los visitantes tienen la oportunidad de conectar con su público. Un libro se escribe, al menos ésta es mi intención cuando me atrevo a explicar

